

María Celia Vázquez (coord.), *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*

Bahía Blanca, EDIUNS, 2011, 339 páginas.¹

Quiero empezar por decir que le debo a este libro todo lo que sé sobre el peronismo. Creo que no me hubiese interesado especialmente en el tema, no al menos *a priori* (viniendo de dónde vengo) ni con la dedicación con que tiempo después me encontré trabajando en él, de no haber mediado la interlocución entusiasta que crearon las generosas invitaciones de María Celia y de los miembros de su equipo. Participé de algunas de las charlas en las que se discutieron las hipótesis iniciales —un momento único en el que lamenté más que en otros no vivir en Bahía—, compartí a la distancia la efervescencia de este libro mientras todavía era un proyecto, leí los originales apenas el proyecto empezó a tomar forma, les agradecí mucho, muchísimo, que me hicieran un lugar en ese espacio turbulento y apasionado que despliega una investigación mientras avanza. Cuando me invitaron a escribir el prólogo de *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*, no sólo el libro ya había encontrado su nombre, sino que además la lectura de cada uno de sus capítulos había contribuido a operar en mí un efecto imprevisto: el peronismo había dejado de ser un *tema* para transformarse en un *problema*, había manifestado ese carácter activo e inestable que nos devuelve una vez más a interrogarnos sobre nuestras propias convicciones y obsesiones. No sé, no se me ocurre, qué más podríamos pedirle a un libro.

Empecé el prólogo comentando la más vieja de las obsesiones que *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico* había vuelto a disparar en mí. Me refiero a la preocupación tradicional acerca de qué es una época, a qué llamamos una época, cómo se la delimita y reconoce, qué la compone y establece sus perfiles. Arriesgué que las respuestas a estas cuestiones se desprenden de dos puntos de vistas diversos. Por un lado, una *perspectiva identitaria*, ligada a un enfoque continuista de la temporalidad, cuyo propósito reside en definir una época por la serie de rasgos o condiciones que la configuran o se le reconocen característicos. Son, en este caso, las condiciones históricas que determinan el campo de los enunciados posibles en un momento determinado los que delimitan el espacio discursivo de una época. La unidad de este espacio, su presente o identidad, están garantizados por los objetos de discurso que resultan aceptables o legitimados en ese momento. El planteo no escapa a la circularidad comprometida en el presupuesto de que existirían condiciones históricas de posibilidad para la aparición de los enunciados: la historia operaría como causa primera de estos objetos discursivos y ellos, transformados en manifestaciones directas de esa causa, conferirían a la época un espesor sistemático. Próxima a este punto de vista, emparentada con él de un modo oblicuo e indisoluble, se encuentra la otra perspectiva, una *perspectiva negativa o diferencial*, para la cual el presente de una época se define menos por el espíritu unitario que inspira sus enunciados que por la irreparable inestabilidad que los afecta y disemina. “Un enunciado —escribe Michel Foucault, en un diálogo con historiadores— es siempre un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar del todo” (1983, p. 88). Su inconclusión procede de esa forma inaprensible del presente (la única forma posible) que es el acto estructural de enunciación. Porque no responde a intenciones profundas, ni a referencias originarias, sino que es contemporáneo del instante preciso en que el sujeto queda destituido de sí mismo, el presente instaura un tiempo heterogéneo y problemático. Compuesto a la vez por las urgencias de lo actual y las persistencias del pasado, por emblemas culturales y acontecimientos discursivos, por posiciones hegemónicas y fuerzas disruptivas, el *hiato* o la *discronía* son las figuras que mejor describen su naturaleza desfasada y paradójica.

Pensaba en ese momento, volví a pensarlo ahora, mientras lo leía para la presentación que *Intervenciones intelectuales...* restituye a los años peronistas el corazón vivo que hace de una época el diseño, momentáneo y provisorio, cada vez único, que se desprende de ese vacío fundamental. El libro presenta y analiza algunos episodios, discusiones y polémicas intelectuales y literarias que componen la enmarañada red discursiva que se articula en torno a lo que Carlos Altamirano designa como el “hecho peronista”. El peronismo, la etapa que desde el título se identifica como la del peronismo clásico, funciona aquí no sólo (o no tanto, habría que decir mejor) como un horizonte cronológico delimitado por los primeros gobiernos de Perón o, más aún, como la serie de acontecimientos que se tornan significativos a la luz de esa delimitación temporal, sino que opera sobre todo como una constelación de problemas relativos a los vínculos complejos que los intelectuales y escritores de diferentes extracciones mantuvieron con el ideario difundido en esos años. El criterio que reúne estos ensayos se define fundamentalmente por un desplazamiento del foco de interés habitual con que los estudiosos del período

¹ Se reproduce el texto leído como presentación del libro por Judith Podlubne el 22 de junio de 2012 en la Casa de la Cultura, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

abordaron esos vínculos. El libro no se propone avanzar en el examen de las múltiples razones políticas, ideológicas y culturales que hicieron del peronismo un “regimen inhóspito” (Flavia Fiorucci) tanto para los intelectuales opositores como para los allegados. Ni prolonga, en este sentido, las explicaciones —magistralmente ensayada por los especialistas— sobre los motivos que propiciaron el antintelectualismo del régimen o el antiperonismo de los miembros de la élite. Más que ahondar en las formas que asumió el divorcio entre ambos sectores, estos ensayos exploran las diversas modalidades de intervención pública y de autofiguración intelectual que los escritores y críticos más importantes del período desarrollaron en esos años. La novedad del libro, su principal aporte a las investigaciones sobre el tema, reside en haber atendido, más allá de los condicionamientos y los obstáculos que el régimen les impuso a los intelectuales, a las distintas ocasiones de intervención (e incluso de experimentación) que les ofrecieron los agitados combates por las definiciones del “hecho peronista”.

El desplazamiento de perspectiva deriva en parte de que estos ensayos abordan el problema de los intelectuales desde las preocupaciones e intereses propios de la crítica literaria. Me refiero a las preocupaciones que tienen su núcleo móvil y siempre excéntrico en las cuestiones del lenguaje y que hacen del ejercicio de reflexión sobre el discurso uno de los procedimientos críticos privilegiados. Con objetivos específicos y énfasis particulares, todos los artículos reunidos apuntan a recomponer e interpretar las hegemonías temáticas, los desacuerdos argumentativos, las formulaciones conceptuales o las estrategias retóricas y estilísticas, que caracterizan los debates e intervenciones de los años cincuenta. Un afán genealógico y una imaginación política interesada en leer procesos de subjetivación intelectual alientan estos recorridos. En ocasiones, ambos impulsos se encuentran conjugados en un mismo artículo. Es el caso, por ejemplo, de los ensayos “Los intelectuales peronistas”, de Guillermina Georgieff y “Arturo Jauretche y la construcción la lengua nacional”, de Mario Ortiz. El primero explora las posiciones que asumen los intelectuales peronistas frente a las interpelaciones y demandas que les dirige su líder político. Un recorrido contrapuntístico por los núcleos semánticos principales de los más célebres discursos de Perón sobre el tema y las respuestas de Carlos Astrada y John William Cooke introduce y enmarca el análisis de las conceptualizaciones y autofiguras, divergentes en muchos de sus aspectos capitales, que definen los textos de Leopoldo Marechal y de Juan José Hernández Arregui. El texto de Mario Ortiz, escrito bajo la invocación explícita de *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes, compone una historia personal de la escritura literaria de Arturo Jauretche, a partir de los relatos autobiográficos del escritor. El propósito del artículo es mostrar la importancia decisiva que el trabajo sobre la lengua, sobre sus registros lingüísticos y estilos retóricos, tiene en el esfuerzo consciente de Arturo Jauretche por construirse una imagen de intelectual nacional y popular. La lengua deviene en este caso —señala Mario— una instancia clave e ineludible para pensar la conformación de su identidad como ensayista. De allí que Jauretche le interese “no tanto (o no sólo) como pensador en relación con sus aportes específicos a la tradición intelectual del nacionalismo de izquierda, sino esencialmente como escritor”. El desplazamiento de perspectiva que mencioné más arriba encuentra en esta lectura de Ortiz unos de sus momentos más arriesgados y potentes.

Hay también oportunidades en las que uno de los dos impulsos que animan el desarrollo general del libro —el impulso genealógico y el interesado en los procesos subjetivación intelectual— prima sobre el otro. En “Peronismo, pobreza y retórica (Martínez Estrada vs. Borges y la yapa: la respuesta de Jauretche)”, María Celia Vázquez examina las acusaciones cruzadas entre Borges y Martínez Estrada a pocos meses del derrocamiento de Perón, con el objetivo preciso de caracterizar las diferentes retóricas de autofiguración que componen sus intervenciones. De un modo meticuloso y perspicaz, atento a las reticencias y artimañas que pautan el intercambio, la lectura se interroga por la eficacia performativa de los argumentos para mostrar cuánto más elaboradas que las razones en juego son las actuaciones a las que da lugar la polémica. El antiperonismo de Borges, su obsecuencia hacia el gobierno de Rojas y Aramburu, el escepticismo generalizado de Martínez Estrada, sus críticas simétricas a la “dictadura peronista” y a la revolución libertadora, definen la módica batería de razones a partir de las cuales se monta, según advierte el análisis de Vázquez, una escena artificiosa y teatral, en la que los protagonistas sobreactúan roles jactanciosos, de escasa densidad. Con una “retórica verista” saturada de descripciones y detalles, Martínez Estrada se arroga las virtudes morales del escritor pobre que se ha mantenido insobornable frente a las ofertas y presiones de los regímenes políticos y acusa a Borges de haberse convertido en un “turiferario a sueldo”. La respuesta de Borges se resuelve en una estrategia defensiva, débil y poco eficaz, en la que sus habituales dotes de ironista se sacrifican a las facilidades del panfleto. Como lo subraya aún más la tardía intervención de Jauretche que Vázquez integra al análisis, esta disputa se desarrolla como un juego de máscaras en el que cada cual parece estar más atento a los propios movimientos que a la exposición y defensa de sus convicciones.

“Discusiones sobre el realismo literario en *Cuadernos de cultura*”, de Julieta Nuñez y Diego Poggiese y “Lecturas y disputas en torno al *Martín Fierro* durante el primer peronismo”, de Guillermina Georgieff, incluidos en la sección “Debates literarios”, son artículos que responden a un declarado afán

genealógico. El primero traza los antecedentes y estudia el desarrollo de los debates que se suscitaron en torno a la concepción marxista del realismo literario en Argentina, a partir de las modulaciones que esta discusión asume en *Cuadernos de cultura*, la principal publicación cultural del Partido Comunista en nuestro país. El otro propone una aproximación a los distintos usos y apropiaciones del poema de Hernández que se hicieron durante los años de gobierno peronista, en el marco general de las recepciones que se fueron produciendo desde comienzo del siglo XX. Para retomar una fórmula que utilizan Nuñez y Poggiese, estos ensayos aspiran a releer las polémicas sobre el realismo y sobre la cuestión nacional en sus “contextos de origen”, con la intención de reponer algunos sentidos y resonancias que pasaron inadvertidos para las interpretaciones críticas más reconocidas. El resultado, similar en ambos textos, excede ese objetivo inicial en una dirección de la que se derivan algunos de los principales efectos de lectura del libro. La proyectada reconstrucción de los orígenes desata una trama de desencuentros, repeticiones, impugnaciones y variaciones de argumentos y puntos de vista, que desbarata las sucesiones cronológicas y da cuenta de ese fondo impuro y convulsionado que agita y pugna por manifestarse en todo comienzo histórico. El desfase y la coexistencia de tendencias divergentes informan las discusiones sobre el realismo; la expansión reticular de los sentidos impulsa las disputas en torno al valor de lo nacional.

Tal como se desprende de la “Addenda” que integra la sección siguiente “Intervenciones políticas”, las operaciones de lectura que Giorgieff describe en Leopoldo Marechal, Héctor Agosti y Jorge Abelardo Ramos encuentran en las estrategias borgeanas no sólo su previsible contracara sino también un antecedente insuperado. Mientras las disputas de estos intelectuales se dirimen en torno a las valoraciones morales y políticas que cada uno realiza del poema a partir de la doctrina ideológica a la que suscribe y representa, la lectura de Borges convierte sus apreciaciones formales del *Martín Fierro* en una apuesta política contra el nacionalismo. El procedimiento, se sabe, es habitual en él y consiste en disociar los valores morales de los estéticos para dar prioridad a los últimos. Sin embargo, como lo expone el ensayo de Mario Ortiz, “La Operación Chesterton en Borges: una apropiación polémica”, la singularidad del polemista no se reduce a la capacidad para elaborar y ofrecer argumentos contrarios a los de sus oponentes, sino que consiste ante todo en la disposición para renunciar a ellos cada vez que las circunstancias y el adversario lo requieren. La acertada conclusión que este ensayo proyecta sobre todos los artículos del libro se vuelve particularmente pertinente y oportuna al contrastar las operaciones de lectura de Borges con las de los intelectuales analizados. En su caso, afirma Mario, “habría que hablar no de una verdad a la cual se representa y obedece, sino de verdades regionales, producidas en función de la polémica que se quiere mantener, o del prejuicio que se busca desbaratar, es decir, un valor táctico y contextual”. Borges define un estilo de intervención ensayístico, antes que intelectual, que descrece de las causas establecidas y los logros trascendentes para incidir, de manera ocasional y provisoria, en una realidad que sabe discontinua y heterogénea. Un estilo irónico e irreverente, único en la literatura argentina, que encuentra sin embargo un límite preciso y fatal cuando el adversario polémico es el peronismo. En “*Sur*: peronismo y después” un ensayo entrañable para mí, porque abrió con María Celia una de las conversaciones más eficaces y entretenidas del último tiempo, e ineludible para todos los lectores de *Sur* interesados en revisar el antiperonismo intelectual de la revista sin ceder al confort de las impugnaciones habituales, en este ensayo, decía, María Celia vuelve a llamar la atención sobre el empobrecimiento que sufren el estilo y la retórica borgeanos cuando los obnubilan pasiones facciosas.

El ensayo de María Celia avanza en un examen sutil, exhaustivo y documentadísimo, del ignominioso número que la revista dedica a la Revolución Libertadora, un número del que ni los críticos de *Sur* ni los estudiosos del período se habían ocupado aún con tal detenimiento. (Todo el volumen, querría subrayar entre paréntesis, comparte el valor agregado de trabajar con fuentes pocos transitadas sin tributarles un reconocimiento religioso). Desde una óptica atenta al alto grado de adhesión que las tesis centrales del número de *Sur* dedicado a la Libertadora despiertan no sólo entre los miembros del grupo sino también entre la mayoría de los escritores e intelectuales de ese momento, el artículo establece y evalúa las continuidades y diferencias que el volumen presenta en el marco de la historia interna de *Sur* y de sus intervenciones públicas. “Es probable —señala María Celia— que [...] este número sea una de las últimas manifestaciones públicas del consenso que aglutinó alrededor de *Sur* a un grupo, tan extenso como variado, de escritores, artistas e intelectuales en contra de Perón y el peronismo”. El acierto de esta conclusión se prolonga cuando María Celia no sólo repasa los argumentos ideológicos y culturales en que se sustenta este consenso, sino que relee además las posiciones políticas de la revista durante la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial en que se perfilaron estos argumentos. Se trata de una relectura que le permite arriesgar una conclusión inédita y de proyecciones promisorias. “Para *Sur* —señala María Celia—, el ciclo de los totalitarismos que en Europa, al menos parcialmente, culmina con la guerra en 1945, en la Argentina recién se cierra diez años después, con el golpe que derroca a Perón, en 1955”. La aberrante equiparación del peronismo con los totalitarismos europeos, la correspondiente asimilación de la figura de Perón, un presidente dos veces electo por el voto popular, con las de los

dictadores Hitler y Franco, la defensa de la inteligencia y la libertad de expresión frente a los pretendidos atropellos de una “tiranía” que, sin embargo, había permanecido indiferente a la regular aparición de la revista y al normal funcionamiento de la editorial *Sur*, son signos evidentes de un consenso construido en base a la reiteración obstinada de analogías maliciosas y anacronismos deliberados. Tal como se advierte en este ensayo, los consensos imperantes, las explicaciones totalizadoras, resultan a menudo esfuerzos orientados a reducir el carácter conflictivo y problemático de una época asimilándola a situaciones y sucesos conocidos. De un modo indirecto, al imbricarse en las razones y en las circunstancias que motivan cada uno de las posiciones analizadas, *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico* es también una advertencia sobre el sustrato litigioso de todos los consensos. Se sabe, volvemos a aprenderlo leyendo los ensayos de este libro, que todo acuerdo es disonante, que el consenso sólo es posible a condición de posponer u olvidar los diferendos. He aquí otra de las viejas obsesiones con que me reencontró la lectura de este libro.

Judith Podlubne